

¿Qué está haciendo Cristo ahora?

El tema del Santuario fue la clave para aclarar el misterio del chasco de 1844. Reveló un sistema completo de verdades, conectadas y armoniosas, que demostraba que la mano de Dios había dirigido el gran movimiento adventista. Los que habían aguardado con fe su segunda venida esperaban que él apareciera en gloria, pero cuando sus esperanzas resultaron chasqueadas, habían perdido de vista a Jesús. Ahora, en el Lugar Santísimo, ellos contemplaron de nuevo a su Sumo Sacerdote, que había de aparecer pronto como Rey y Libertador. La luz del Santuario iluminaba el pasado, el presente y el futuro. Aunque no habían entendido el mensaje que llevaban, este había sido correcto.

El error no estaba en el cómputo de los períodos proféticos, sino en el suceso que habría de ocurrir al final de los 2.300 días. Sin embargo, se había cumplido todo lo que la profecía había predicho.

Cristo había venido, no a la Tierra, sino al Lugar Santísimo del Templo del Cielo: “Miraba yo en la visión de la noche, y vi que con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre; vino [no a la Tierra sino] hasta el Anciano de días, y lo hicieron acercarse delante de él” (Daniel 7:13, RV95).

Esta venida también fue predicha por Malaquías: “De pronto vendrá a su templo el Señor a quien ustedes buscan; vendrá el mensajero del pacto, en quien ustedes se complacen” (Malaquías 3:1). La venida del Señor a su Templo fue repentina, inesperada, para su pueblo. No lo esperaban allí.

El pueblo no estaba todavía listo para encontrarse con su Señor. Todavía había una obra de preparación que debía ser hecha por ellos. Al seguir ellos por la fe el ministerio de su Sumo Sacerdote, les serían revelados nuevos deberes. Otro mensaje había de darse a la Iglesia.

¿Quién podrá mantenerse en pie?

Dijo el profeta: “Pero ¿quién podrá soportar el día de su venida? ¿Quién podrá mantenerse en pie cuando él aparezca? [...]. Se sentará como fundidor y purificador de plata; purificará a los levitas y los refinará como se refinan el oro y la plata. Entonces traerán al Señor ofrendas conforme a la justicia” (Malaquías 3:2, 3). Los que vivan en la Tierra cuando cese la obra de intercesión de Cristo han de estar en pie a la vista de Dios sin mediador. Sus mantos deben estar impecables; sus caracteres,

purificados del pecado por la sangre de la aspersión. Por la gracia de Dios y por su propio esfuerzo diligente deben ser vencedores en la batalla contra el mal. Mientras se realice el juicio investigador en el Cielo, mientras los pecados de los creyentes arrepentidos sean quitados del Santuario, ha de haber una obra especial de apartamiento del pecado entre el pueblo de Dios que está en la Tierra. Esta obra se presenta en el mensaje de Apocalipsis 14. Cuando esta obra haya sido terminada, los seguidores de Cristo estarán listos para su venida. Entonces la Iglesia que ha de ser recibida por el Señor en su venida será “una iglesia radiante, sin mancha ni arruga ni ninguna otra imperfección” (Efesios 5:27)

“¡Ahí viene el novio!”

La venida de Cristo como Sumo Sacerdote al Lugar Santísimo para la purificación del Santuario (Daniel 8:14), la venida del Hijo del Hombre hasta el Anciano de días (Daniel 7:13) y la venida del Señor a su Templo (Malaquías 3:1) son el mismo acontecimiento. Esto también está representado por la venida del Novio a las bodas, en la parábola de las diez vírgenes, según San Mateo 25.

En esta parábola, cuando vino el Novio, “las jóvenes que estaban preparadas entraron con él al banquete de bodas”. Esta venida del Novio ocurre antes de la boda misma. La boda representa el momento en el que Cristo recibe su reino. La Santa Ciudad, la nueva Jerusalén, la capital y símbolo del reino, se llama “la novia, la esposa del Cordero”. Dijo el ángel a Juan: “ ‘Ven, que te voy a presentar a la novia, la esposa del Cordero’. [...] Y me mostró la ciudad santa, Jerusalén, que bajaba del cielo, procedente de Dios” (Apocalipsis 21:9, 10).

La novia representa la Santa Ciudad, y las vírgenes que van a recibir al Novio son un símbolo de la Iglesia. En el Apocalipsis se dice que el pueblo de Dios está constituido por los invitados a la cena de bodas. Si son los invitados, no pueden ser la novia. Cristo, según el profeta Daniel, recibirá del Anciano de días en el Cielo “el dominio, y la gloria, y el reino” (Daniel 7:14), la nueva Jerusalén, la capital de su reino, “preparada como una novia hermosamente vestida para su prometido” (Apocalipsis 21:2). Una vez que reciba el reino vendrá como Rey de reyes y Señor de señores para redimir a su pueblo que ha de participar en la cena de bodas del Cordero.

Esperando a su Señor

La proclamación “¡Ahí viene el novio!” indujo a miles de personas a esperar la inmediata venida del Señor. En el tiempo señalado, el Novio vino, no a la Tierra, sino hasta el Anciano de días que estaba en el Cielo, a las bodas; es decir, a recibir su reino. “Las jóvenes que estaban preparadas entraron con él al banquete de bodas” (S. Mateo 25:10). Ellas no habían de asistir en persona, porque estaban sobre la Tierra. Los seguidores de Cristo han de esperar “a que regrese su señor de un banquete de bodas” (S. Lucas 12:36). Pero ellos deben entender en qué consiste la obra de su Señor y seguirlo por la fe. En este sentido se dice que van con él a la fiesta de boda.

En la parábola, las que tenían aceite en sus lámparas entraron a la fiesta. Aquellos que, en la noche de su amarga prueba, habían esperado pacientemente, investigando la Biblia para encontrar más luz, vieron la verdad concerniente al Santuario en el Cielo y entendieron el cambio de ministerio del Salvador. Por fe lo siguieron en su obra en el Santuario celestial. Y todos los que acepten las mismas verdades, y sigan a Cristo por la fe mientras él realiza la última obra de mediación, van con él a las bodas.

La obra final en el Santuario

En la parábola de Mateo 22, el juicio se realiza antes de la fiesta. Antes de las bodas, el Rey viene a inspeccionar para descubrir si todos los huéspedes están ataviados con el traje de boda, el manto impecable de un carácter lavado en la sangre del Cordero (Apocalipsis 7:14). Todos aquellos que en el examen revelen que tienen puesto el traje de boda son aceptados y considerados dignos de participar del reino de Dios y sentarse en su trono. Esta tarea de examinar el carácter es el juicio investigador, la obra final en el Santuario celestial.

Cuando hayan sido examinados y decididos los casos de aquellos que en todos los siglos han profesado el nombre de Cristo, entonces terminará el tiempo de gracia y se cerrará la puerta de la misericordia. Así pues, en una corta frase —“las jóvenes que estaban preparadas entraron con él al banquete de bodas. Y se cerró la puerta”—, se nos conduce al tiempo en que será completada la gran obra hecha en favor de la salvación del ser humano.

En el Santuario terrenal, cuando el sumo sacerdote en el Día de la Expiación entraba en el Lugar Santísimo, el servicio del primer departamento cesaba. Así también, cuando Cristo entró en el Lugar Santísimo para realizar la última obra de expiación, cesó su ministración en el primer departamento. Entonces empezó el ministerio en el segundo departamento. Cristo había completado solamente una parte de su obra como nuestro intercesor, para entrar en otra porción de la obra. Pero él continúa intercediendo en virtud de su sangre ante el Padre en favor de los pecadores.

Si bien es cierto que la puerta de la esperanza y la misericordia por la cual los seres humanos habían encontrado acceso a Dios durante 1.800 años se había cerrado, otra puerta se abrió. El perdón del pecado era ofrecido por medio de la intercesión de Cristo en el Lugar Santísimo. Todavía había una “puerta abierta” al Santuario celestial, donde Cristo estaba ministrando en favor del pecador.

Ahora se entendía el significado de las palabras de Cristo que se encuentran en Apocalipsis, aplicables a este mismo tiempo: “Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y nadie puede cerrar, el que cierra y nadie puede abrir: Conozco tus obras. Mira que delante de ti he dejado abierta una puerta que nadie puede cerrar” (Apocalipsis 3:7, 8).

Los que por la fe siguen a Jesús en la gran obra de la expiación reciben los beneficios de su mediación, en tanto que los que rechazan la luz no se benefician de ella. Los judíos que rehusaron creer en Cristo como su Salvador no pudieron

recibir perdón por medio de él. Cuando Jesús, en ocasión de su ascensión, entró en el Santuario celestial para derramar sobre sus discípulos las bendiciones de su mediación, los judíos fueron dejados en completa oscuridad para continuar con sus sacrificios y ofrendas inútiles. La puerta por la cual los seres humanos habían hallado acceso a Dios anteriormente ya no estaba abierta. Los judíos se habían negado a seguirlo por el único camino por el que entonces podía ser hallado, por medio del Santuario del Cielo.

Los judíos incrédulos ilustran el descuido y la incredulidad que reinan entre los profesos cristianos que ignoran voluntariamente la obra de nuestro Sumo Sacerdote. En el servicio típico o simbólico, cuando el sumo pontífice entraba en el Lugar Santísimo, se requería que todo Israel se reuniera en torno al Santuario y humillara su alma delante de Dios, para que pudieran recibir el perdón de sus pecados y no fueran “cortados” de la congregación. ¡Cuánto más esencial es, en este antitípico Día de la Expiación, que entendamos la obra de nuestro Sumo Sacerdote y conozcamos cuáles son los deberes que se requieren de nosotros!

En los días de Noé se dio un mensaje del Cielo al mundo, y la salvación de los seres humanos dependía de cómo recibían ese mensaje (Génesis 6:6-9; Hebreos 11:7). En el tiempo de Sodoma, todos, excepto Lot con su esposa y dos hijas, fueron consumidos por el fuego que descendió del cielo (Génesis 19). Así ocurrió en los días de Cristo. El Hijo de Dios declaró a los judíos incrédulos: “La casa de ustedes va a quedar abandonada” (S. Mateo 23:38). Anticipándose a los últimos días, el mismo Poder Infinito se refiere a los que se han “negado a amar la verdad y así ser salvos. Por eso Dios permite que, por el poder del engaño, crean en la mentira” (2 Tesalonicenses 2:10, 11). Al rechazar ellos las enseñanzas de su Palabra, Dios retira su Espíritu y los abandona a los engaños que tanto les gustan. Pero Cristo todavía intercede en favor del ser humano, y la luz será dada a los que lo buscan.

Cuando pasó la fecha de 1844, hubo un tiempo de gran prueba para los que aún sostenían la fe adventista. Su único alivio fue la luz que dirigió sus mentes al Santuario celestial. Al esperar y orar sobre el asunto vieron que su gran Sumo Sacerdote había entrado en otra fase de su ministración. Siguiéndolo por la fe, fueron inducidos a ver también la obra final de la Iglesia. Tenían una comprensión más clara de los mensajes del primer ángel y del segundo, y estaban preparados para recibir y dar al mundo la solemne amonestación del tercer ángel de Apocalipsis 14.